MUJERES SIN TIERRA: UN FEMINISMO CAMPESINO Y POPULAR.
DIÁLOGO CON ETELVINA MASIOLI, DIRIGENTA DEL MST DE BRASIL

Roxana Longo

¿Cómo te integraste al movimiento?

Yo me integré al Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil en 1986, en sus orígenes, al comienzo del proceso de construcción del movimiento. Yo provengo de una familia muy numerosa, descendiente de inmigrantes europeos que provenían del norte de Italia. Fuimos a Espírito Santo, dentro del proceso de migración que realizaba la gente a San Pablo, Espírito Santo, Minas Gerais. Se migraba a aquellos lugares donde se encontraban las grandes plantaciones de café. Mi familia se fue estableciendo como Sin Tierra, trabajando para otros. Después de mucho tiempo, mi familia consiguió una pequeña parcela de tierra en Espírito Santo, pero con 13 hijos no era posible sobrevivir. En esta cultura patriarcal, los hijos varones cuando se van casando se van quedando en la propiedad, y las mujeres se casan y van a la propiedad de la familia de su marido.

(...)

Mi familia, con tanta propaganda, vendió las nueve hectáreas que teníamos en Espírito Santo, y compramos en Rondonia 42 hectáreas. En ese contexto, en esos años, como en los años sesenta, setenta, ochenta, tuvo mucha fuerza todo el proceso de la Teología de la Liberación, de las Comunidades Eclesiales de Base. En Espírito Santo yo ya comencé a participar, fue mi primera expresión militante. Yo siempre la rescato con mucho orgullo. Nosotros vivenciamos ese momento como un proceso muy importante del despertar de la conciencia crítica, donde una se ubicaba en el mundo, para entender las injusticias, las opresiones.

(...)

Fue un proceso muy intenso. Luego de esa tarea, voy asumiendo otras tareas de formación, a ayudar en la organización de otros sin tierra en el proceso de ocupación de tierras. Es desde ese proceso que una se va viendo cada vez más desenvuelta, comprometida, y se va destacando, y en un corto período ya tenía una tarea en la militancia. Fui escogida para estar en la dirección del movimiento en Rondonia. Ése fue mi camino, y de ahí nunca más paré. De hecho el movimiento para mí - y para la enorme mayoría de todas las familias sin tierra, de la juventud en esa época -, fue una gran esperanza, una gran escuela de vida, donde se tiene la oportunidad de estudiar, de conocer, de crecer la conciencia política, de conocer el país por las tareas del movimiento, de participar de encuentros, etc., y desenvolverse en la lucha política, en la conciencia política e ideológica.

Desde el primer momento, también, me fui identificando mucho con la cuestión de la lucha de las mujeres. Como mujer, parte de una familia campesina,

joven. De esa familia tan grande, solamente yo estoy en el MST. Muchos de mi familia – también sucedió con muchas otras familias campesinas -, por no tener o ver perspectiva en el campo, por no tener una pequeña propiedad en el campo, por la ausencia de políticas agrícolas que favorecieran a familias campesinas, dejaron el campo y se fueron a la ciudad a trabajar. De esa familia tan numerosa, yo tuve más oportunidades. Fui la primera que consiguió tener un título superior de la familia. El movimiento me dio esa posibilidad. Por estar en el movimiento puedo acceder a una educación. La escolarización es un elemento fundamental de nuestra lucha, y nuestra conquista. Incluso estudié pedagogía.

Tu propia experiencia de vida y vínculo con el MST reafirma que las mujeres participaron históricamente en este movimiento social...

Si, desde el inicio. Yo puntualizo dos cosas que son fundamentales en el movimiento. En un primer momento la gente no se da cuenta de eso, ese aprendizaje, de las lecciones históricas que se dan con la creación de este movimiento. De la lucha de los pueblos del mundo. Uno de los aprendizajes fue que nosotros no podíamos crear un movimiento jerárquico o un movimiento vertical, porque la experiencia nos mostraba que no era posible. Tenemos que pensar que nuestro movimiento nace en plena dictadura militar. Nuestro movimiento nación en contrapunto a esa organización asesina de la Unión Democrática Ruralista (UDR). ¿Cuántas vidas perdimos, por los asesinatos, históricamente, en este país? Nosotros aprendimos de eso. ¿Qué es lo que la burguesía y el latifundio siempre hicieron? No podemos crear un liderazgo, para exponerlo a ciertas lógicas. Por lo cual, una estructura vertical no servía, por la magnitud de nuestro país, por la diversidad que existe. Nuestro movimiento tiene que ser colegiado, tienen que ser direcciones colectivas. Ése fue un gran aprendizaje. Otro aprendizaje enorme que adquirimos a través de del estudio, la reflexión y la vivencia, fue que nosotros no podemos crear un movimiento donde la filiación sea individual. No es como en términos generales sucede con los partidos, sindicatos, u otras organizaciones de izquierda. En el caso del campo quien se afiliaba a los sindicatos rurales eran hombres, el hombre como representante de la familia. Hoy eso se modificó, afortunadamente. En ese momento, la mayoría de los afiliados al sindicato era varones. Por lo cual, no podíamos crear un movimiento donde la afiliación sea individual. La lucha por la tierra, para que tuviera fuerza, debía ser una lucha de la familia y no personal. La filiación al movimiento es la familia. La identidad es que la familia se inserte en la lucha, es estar en un campamento, en la ocupación de tierra. Ahí, nosotros sabemos quiénes somos y con quiénes estamos. Nuestro mecanismo de cuidado, de acción, de seguridad, es estar luchando con la familia.

(...)

En ese movimiento de la lucha, las mujeres se destacan. Crecen en conciencia política, se tornan sujetas políticas en la lucha, hay un reconocimiento a su condición como mujeres, como mujeres campesinas. Desde el principio, hay un movimiento en la conciencia política de las mujeres, y se comienzan a problematizar sobre el género, las desigualdades. Aparece la interpelación de

cuál es su papel en la lucha, y muchas mujeres se destacaron como líderes. Inclusive en muchas ocupaciones, la gran mayoría son mujeres, se destacan las mujeres.

(...)

En 2006 hicimos esa gran acción en Aracruz Celulosa, en Rio Grande do Sul, en el marco del 8 de marzo, como fecha internacional y parte de la Vía Campesina. A partir de ahí, la lucha de las mujeres comienza a tener una propia connotación.

(...)

Por todo esto, yo creo que hemos crecido. Obviamente existen contradicciones. En el MST, desde su fundación, una va a encontrar nuestra lucha intransigente contra la discriminación y la opresión hacia las mujeres. Pero entre lo escrito y lo real hay distancias. Como movimiento, aunque tenemos mucha claridad en la lucha por la tierra, por la reforma agraria, por la trasformación social, está hecho por mujeres y hombres atravesados por el sistema capitalista y patriarcal, y eso se manifiesta en algunos líderes.

(...)

Las mujeres, para reafirmarse como líderes, en un principio, en los orígenes del movimiento, se tuvieron que masculinizar. Vivenciamos todo eso. Además trabajamos con seres humanos excluidos de la sociedad. Hacia adentro de nuestra lucha se ven todos esos prejuicios. Por lo cual trabajamos todas esas contradicciones que el mismo sistema genera. Lo más importante es que hay una determinación política en el movimiento, y las mujeres muy sabiamente conseguimos a lo largo de estos años ir posicionando y conquistando espacios dentro del movimiento. Tenemos como decisión política garantizar al cincuenta por ciento de participación en los cursos, coordinar siempre un hombre y una mujer, paridad de género en las instancias de dirección. ¿Funciona cien por ciento? No. Las líneas políticas necesitan ser apropiadas para que se cumplan en su totalidad. En este sentido es necesario fortalecer al colectivo de mujeres para que se cumplan. Tiene que haber una presión permanente interna, para que las líneas políticas se cumplan. Eso no es fácil, tenemos muchas contradicciones en diferentes momentos. El machismo es algo muy velado, muy sutil. Yo creo que nos fuimos colocando como mujeres en esa perspectiva.

(...)

El debate actual y la reflexión sobre la importancia del medioambiente, de los territorios, de la soberanía alimentaria, la agroecología, la construcción de otro modelo de sociedad y agricultura, no puede estar separado. Nuestra lucha es para avanzar dentro de un proyecto mayor, y ese proyecto mayor tiene que incorporar la perspectiva feminista y campesina. En esa construcción se

encuentra la fortaleza. No es una teoría, no es alguien de la academia la que está elaborando. Somos nosotras, las propias mujeres campesinas, indígenas, afrodescendientes, que desde nuestra acción política y concreta estamos elaborando, teorizando, y nos reafirmamos en la construcción. Con todas nuestras contradicciones. Nosotras estamos recuperando la posibilidad de afianzar la construcción de un movimiento feminista en el plano internacional. Sin querer ser arrogantes, e incluso pensando en todos los aspectos que viven las mujeres en el plano internacional, la violencia que padecemos las mujeres, por ejemplo las mujeres africanas, las mujeres musulmanas, etc., etc., creo que conseguimos en nuestro internacionalismo, nuestra práctica política, contribuir en todos los continentes.

Con nuestras grandezas y nuestras debilidades, la gente se va fortaleciendo en luchas comunes, en debates comunes.

(...)

Entonces, vamos entendiendo que lo que sucede allá, también ocurre acá, y se va afianzando una red, una conspiración solidaria que nos fortalece.

Yo entiendo que el momento es difícil, por todo el avance avasallador del capital, con elemento ya de barbarie que vivimos. Aunque al mismo tiempo hay mucha esperanza, muchas posibilidades, y la determinación política de construir, de hacer, de actuar. Son muchos los aportes en el continente.

Ustedes como mujeres, específicamente, ¿qué aportan a la propuesta de la Reforma Agraria y Popular?

Ése es el debate que nosotras estamos emprendiendo. El debate del feminismo, primero, que no sólo puede abarcar a las mujeres. El debate del feminismo tiene que incluir a toda esa diversidad que somos.

(...)

Nosotras decimos lo siguiente: ¿Es posible construir la soberanía alimentaria o la agroecología, sin enfrentar la violencia? Tenemos que denunciar la violencia estructural. Ahora, la violencia doméstica es consecuencia de ese modelo que asesina, maltrata, violenta a las mujeres y niñas y niños. ¿Cómo podemos hacer ese debate enorme de construir la soberanía alimentaria o la agroecología, si no enfrentamos ese problema, sino creamos en nuestros territorios mecanismos de poder popular, de control, donde la violencia pasa a ser una vergüenza, donde la comunidad crea mecanismos de control, para enfrentar el problema, y acompaña a la mujer que sufre esa situación. No podemos aceptar que la misma mano que planta agroecología, pueda ser la misma mano que pega o maltrata. Efectivamente, no puede ser la misma mano que golpea, que violenta, que reprime. Por lo cual, hay que tensionar el debate y problematizar las prácticas, y preguntar por qué.

(...)

Nosotras queremos debatir y cuestionar hacia adentro el propio mensaje que la organización manda. Si nosotras pensamos en nuestros documentos, o las producciones del movimiento de hace 15 o 20 años atrás, o en sus orígenes, vamos a visualizar que había mucho más patriarcado. Por ejemplo, en las cartillas aparecían figuras de hombres, en las fotografías de la producción, siempre un hombre, ¿Qué mensaje estamos dando? La perspectiva de las mujeres, de los niños y niñas, de los negros, de los jóvenes... es decir, de la inclusión de toros los sujetos. Eso lo fuimos modificando. Entonces enviamos nuevos mensajes para nuestro pueblo. En el plano de nuestra práctica política también, las mujeres se van referenciando, fortaleciendo. Forzamos mucho el tema de la participación igualitaria en nuestros cursos, y la necesidad de que la gente estudie, se apropie de la teoría crítica y revolucionaria, que nos permite la capacidad de análisis, de propuesta, de cambio, y tener argumentos políticos para debatir con los compañeros, y decir: "no estoy de acuerdo con esta idea, con esta propuesta". Es un esfuerzo que exige mucho más de las mujeres. Yo estoy convencida que hemos crecido, que hay mucha complicidad, mucha solidaridad. Porque al fin y al cabo las mujeres somos responsables desde un inicio de construir este movimiento. Las mujeres derramamos sangre, fuimos presas, torturadas, y somos junto con los compañeros, quienes construimos este movimiento en el día a día; desde el campamento, en la resistencia de los asentamientos, en la producción de la agroecología, recuperando nuestras semillas nativas.